

Visitas guiadas

— relatos de sobremesa —

Juan Muñoz



Delallama
EDITORIAL



Juan Muñoz González es licenciado en Filosofía por la Universidad de Valencia. Dirigió tres revistas: **Nordeste** (Ribadesella, 1979-1983), **El Saltamontes** (Vigo, 1984-1985) y **Aldaba** (Gijón, 1987-2012), así como el programa radiofónico Resaca de domingo, que coordinó en Radio Nacional de España (1988-1991).

Publicó el libro de memorias **Ahora que me acuerdo** (Editorial Impronta, 2016) y la novela negra de ambiente rural y marinero El Color de la tormenta (Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, 2017).

El libro que ahora se edita es una colección de relatos, microrrelatos y breverías, algunos premiados en diferentes certámenes, otros publicados en revistas y antologías del género, y la mayoría, inéditos.

Visitas guiadas es el título de uno de los cuentos que aparece en esta colección. No solo la extensión dispar diferencia a estos textos, también la temática. Sin embargo, todos comparten como denominador común su contemporaneidad y una reflexión tácita sobre el papel que juega el azar en la vida. Episodios tan aleatorios como, por ejemplo, un ataque de tos en un concierto, el encuentro con un indiano en México, o el tipo de letra de una alumna de instituto, acaban provocando un giro inesperado en el devenir de los personajes que los protagonizan. Por utilizar la famosa frase de Ortega y Gasset: «Yo soy yo y mis circunstancias», aquí debería escribirse con más propiedad: «Yo soy yo con mis circunstancias», pues es la circunstancia la que acaba determinando el ser de cada cual.

Visitas guiadas, relatos de sobremesa conserva el humor ácido y la crítica soterrada que aparecen en otros escritos del autor. La descripción sutil de los personajes, casi siempre inmersos en la duda existencial, nos permite ir de la mano con ellos, sentirlos y seguirlos en sus trayectorias vitales, que desembocan, generalmente, en un final abierto e incómodo.

Capítulo aparte merecen los microrrelatos y las breverías, donde la economía del lenguaje está en relación inversa con la amplitud de las ideas que quieren expresar.

Visitas guiadas, relatos de sobremesa es, en su diversidad, un libro entretenido y profundo a la vez.

Visitas guiadas

— relatos de sobremesa —

Juan Muñoz



© Del texto: Juan Muñoz

Diseño y maquetación: Cordelia Pickford

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

© Delallama Editorial

San Pedro 1, 33347 Ribadesella (Asturias) - www.delallamaeditorial.com

ISBN: 978-84-122634-1-1

Producción del ePub: booqlab

Imagen de cubierta: pedral del Tereñes (Ribadesella, Asturias)

Relatos

Armonía	El concierto Cartas desde la sombra El cascarrabias El profesor El libro en blanco
Incertidumbre	La gorra Ajuste de cuentas Cálculo de probabilidades La muerte de Pedro Solís
Ilustración	La confesión El tendero El indiano El contertulio La tía
Agua	El viaje que acabó en un diván El burócrata El spa Visitas guiadas
Surrealismo	Marta y María El sueño La competencia Evanescencia Un cuento de Navidad

Microrrelatos

Breverías



Relatos

armonía

El concierto

Aquella boda tenía el olor rancio de la naftalina. Por la mañana, los novios se habían hecho las fotos de rigor con un fondo de naturaleza domesticada, setos bien cuidados con una geometría perfecta. En la ceremonia, el cura repetía, sin demasiada convicción, el vínculo sagrado del matrimonio: «Lo que Dios une, no lo puede separar el hombre», decía. Después, una comida que, de tan excesiva, resultaba obscena. A media tarde, la boda avanzaba hacia su último ritual.

El presupuesto no daba para una orquesta, así que un *disc-jockey* se encargaba de la música. Era un experto en esta clase de eventos y comprobó desde su tarima que el reloj marcaba la hora fijada en el contrato para que empezara el baile. Echó un vistazo a las mesas para ver la composición de los invitados y decidió no arriesgar. Sonó en primer lugar *A quién le importa*, de Alaska y Dinarama. Siempre funcionaba.

Grupos de jóvenes se fueron arremolinando en la pista y el estribillo fue la señal de salida para que empezaran a bailar, blandiendo el móvil en una mano alzada, con el fin de grabar aquellos saltos desacompañados como si fueran merecedores de que perduraran. La música servía de coartada a aquella caótica escena de brazos como mástiles izando el teléfono de última generación. Los *selfies* reproducían sonrisas impostadas para que el «me gusta» sancionara después el simulacro de felicidad y la cotización del perfil en el mercado de los yoes no se hundiera definitivamente. Mientras los móviles permanecían anclados a las manos de aquellos jóvenes como los goteros a los enfermos de un hospital, un tipo sonrojado y beodo agitó su copa, alzándola mientras bebía y derramando el champán entre las camisas sin mácula de sus vecinos de pista.

Así veían aquel trajín de cuerpos Sonia y Andrés, dos jóvenes que no habían acudido al reclamo del *disc-jockey* y seguían sentados en sus respectivas sillas, incapaces de adentrarse en el jolgorio de aquella euforia vacía que, para ellos, representaba la quintaesencia de la estupidez satisfecha. Aunque estaban en mesas contiguas, no se conocían. Ella era prima de la novia y él, amigo de infancia del novio. Su punto de vista crítico y distante, que parecía otorgarles cierto aire de distinción frente a la algarabía reinante, era, en realidad, un mecanismo de defensa para ocultar su miedo al ridículo y su incapacidad para incorporarse a ambientes que no dominaban.

Andrésapuró la copa de champán que reposaba en la mesa mientras miraba de reojo el perfil cincelado de la cara de Sonia y el escote en pico ancho que descendía hasta el nacimiento de sus pechos. Ella, ajena, ojeaba el reloj con insistencia.

Necesitó pedir otra copa para atreverse a hacer una pregunta que resultó tan pueril como desafortunada:

—Hola, soy Andrés. ¿Estudias o trabajas?

—Me llamo Sonia. Creía que esas preguntas tan rancias se habían acabado con la generación de mis padres.

La respuesta quebró el sortilegio que la imaginación de Andrés había establecido con la chica de al lado, pero no se amilanó y siguió preguntando:

—Cambio la pregunta: ¿trabajas o estudias?

Sonia se dio por vencida y, con un tono que no disimulaba el fastidio, contestó:

—Estudio música.

—Entonces, ¿por qué no bailas?

—Hay muchas músicas.

—Ya, Beethoven y todo eso...

—Más o menos.

Se instauró una paz amarga mientras el pinchadiscos, con gritos de feriante, anunciaba el sonido de *Paquito el Chocolatero* e invitaba a sumarse al baile siguiendo sus indicaciones. Algunos invitados aún pegados a sus sillas se incorporaron y todos empezaron a hacer flexiones, subiendo y bajando los brazos,

siguiendo el ritmo que les marcaba el chamán. Después, adoptaron una postura simiesca y entrecruzaron sus manos por debajo de las piernas, en una posición entre ridícula y obscena, que daba al conjunto la imagen de una serpiente descoyuntada moviéndose por la pista.

Sonia y Andrés eran ya de los pocos jóvenes que seguían sentados y ella se sintió obligada a devolver la pregunta:

—Y tú, ¿qué haces?

—Soy ingeniero de caminos.

—¡Pero si, quitando el de Santiago, ya no hay caminos!

Andrés ignoró el tono sardónico y contestó:

—Construyo puentes, esas cosas que sirven para que los músicos podáis cruzar un río sin mojar el instrumento.

—¿Y quedan puentes por hacer?

—Algunos, para finalizar los tramos pendientes de algunas autovías que la crisis retrasó unos cuantos años. De hecho, yo trabajo en uno que queda para unir dos autonomías, ahora que todas se quieren separar. Hice el doctorado en Análisis Estructural y soy especialista en resistencia de materiales compuestos.

—Impresionante. ¿Y cuando se inaugure el puente?

—Tendré que emigrar, como la mayoría. En Vietnam están sacudiéndose las secuelas de la guerra. Hay dos mil quinientos ríos y pocas y malas carreteras.

—Vaya, ya veo que también sabes geografía.

—Solo de países con muchos ríos y pocos puentes.

Se dieron una tregua cuando el *disc-jockey* se percató de que había que hacer un guiño a la gente mayor y empezó a sonar un pasodoble con solera, *España cañí*. Mientras la tercera edad se acercaba a la pista, un grupo de jóvenes tomó la dirección contraria y se adosó a la barra del bar como si fuese un abrevadero. Otros no se movieron y cambiaron el recorrido sinuoso por una especie de pasacalles, maltratando al pasodoble que algunos mayores empezaban a bailar con cierto sentido.

Andrés arriesgó otra pregunta:

—¿Qué tal si salimos a tomar un café por aquí cerca?

Sonia dudó entre aguantar allí hasta que el autobús la rescatara y la devolviera al calor del hogar, o tomar un café con aquel joven tecnócrata engreído. Optó por lo último y los dos abandonaron la sala.

Muchas son las frases que han acuñado lo inexplicable del amor. Quedémonos con la de «el amor es ciego», pues solo desde la ceguera se podría entender que el desafortunado encuentro de aquella boda desembocara en una relación tan estable como la que mantenían Sonia y Andrés. El noviazgo había estado delimitado por protocolos no convenidos ni enunciados. Nada convencionales.

No era, es verdad, una relación apasionada, a lo Tennessee Williams, pero los dos fueron descubriendo rincones de su personalidad que los unían como un ovillo cada vez más grueso. Cuando llegaban de sus ocupaciones al apartamento que enseguida alquilaron, encontraban el refugio hospitalario que los dos necesitaban, abandonándose en una placidez sencilla que les resultaba sumamente gratificante. Empezaron a explorar zonas de intersección que compartían, a disfrutar de los placeres de la cotidianidad, el reposo doméstico que les permitía escapar por igual de la soledad y del vocerío insustancial. Preparaban, con la ilusión de adolescentes, las escapadas de fin de semana por el monte, recreándose en el concierto humilde de los grillos y recolectando de vez en cuando algunas setas de San Jorge, sus preferidas, que después cenaban cortándolas en tiras muy finas y preparándolas a la plancha, sin más compañía que unas gotas de aceite, ajo muy picado y perejil. Cuando, una vez acostados, hacían el amor, él la abrazaba y se apretaba ardiente contra ella, con las manos hábiles recorriendo su cuerpo, con su boca en la suya, con gotas de sudor que corrían entre sus senos. Después, permanecían en silencio, dejando que fueran las manos y los cuerpos los que dijeran todo lo que se tenían que decir.

Es verdad que el trabajo y el estudio quedaban como zona de exclusión, pero siempre se preguntaban, con un interés sincero,

por sus quehaceres. Los «¿qué tal tocaste hoy?» o «¿cómo va tu puente?» eran una manera implícita de reconocer el interés por la ocupación del otro.

Por lo demás, aunque el pragmatismo de Andrés, para el que lo más valioso era siempre lo más útil, podía sacar de quicio a Sonia de vez en cuando, esta agradecía tener una vida al margen del mundo de petulantes que poblaban el conservatorio y las orquestas. Cuando estudiaba Historia de la Música, se había percatado de que a la mayoría de los grandes músicos la vocación les venía de familia. Lo que no podía imaginar era que, hasta en aquel conservatorio de provincias, hubiera auténticas dinastías de herencias instrumentales, en las que los príncipes se formaban para ocupar en el futuro el puesto que dejarían sus padres.

No era su caso. Sus padres regentaban una carnicería y carecían de formación musical, pero a ellos les debía sus clases de violín desde muy pequeña y su apoyo incondicional. Sabía que la igualdad de oportunidades es un cliché carente de significado en el panorama musical: los genes son egoístas y los padres bien instalados lo van a tener más fácil para que sus cachorros tengan más oportunidades que nadie. Pese a todo, no se rendía. Había tres cosas que podían jugar a su favor para cumplir el sueño de tocar en una buena orquesta: las cualidades para la música, que todos sus profesores de violín le habían confirmado; el tesón y la constancia, que eran los que más dependían de su voluntad y no le iban a faltar; y la suerte, que necesitaría en el momento preciso.

Cuando Andrés salía pronto del trabajo, iba a buscarla a los ensayos de la orquesta del conservatorio. Al principio la esperaba en el vestíbulo, leyendo abstraído los anuncios que había en el tablón mientras otros alumnos entraban y salían, hijos de papá con aire distraído, portando sus fundas de violín como ataúdes en miniatura. Desde allí se oía el eco de las teclas en ejercicios para cinco dedos, precisos, monótonos. Pero en las últimas visitas ya entraba en el auditorio. La esperaba sentado discretamente al final para admirar su postura grácil, su espalda

recta, la barbilla dulcemente inclinada cuando insertaba el instrumento debajo, y los pequeños músculos que oscilaban el sóleo cuando se movía, interpretando también la música con el balanceo de su cuerpo. ¿Cómo podía no amar a una mujer tan cálidamente especial? Un pentagrama atrapado en una corriente de aire escapó del atril y voló mansamente, de un lado al otro, como si fuera una hoja otoñal, hasta reposar en el suelo. Al recogerlo, hizo un escorzo y, al verlo observándola, sonrió, y esa sonrisa recorrió el cuerpo de Andrés como un calambre.

Después, la esperaba a la salida. Todos intuían que él procedía de otro mundo, quizá por su forma de vestir, por su sonrisa franca y despreocupada, por la manera en que observaba. Ella se ceñía con fuerza a su brazo y se despedía con una sonrisa, como dando a entender que hay vida más allá de la música. En esos momentos, él experimentaba unas emociones que le resultaban completamente nuevas, se le quitaba toda su inseguridad por carecer de eso que ahora llaman *habilidades sociales*, su ineptitud casi patológica para expresarse en contextos diferentes a los marcados por su oficio, y salía por la puerta con el orgullo de llevar, cogida de su brazo, a la que, a sus ojos, era la chica más bella del mundo.

El restaurante En la Esquina te Espero sobrevivía con cierta dignidad a la crisis gracias a que superó a tiempo el papanatismo ramplón de los comedores con cartas donde era mayor el nombre del plato que su contenido, situándose en un sabio término medio entre la fritanga y el diseño, y aunque no aspiraba a ninguna estrella Michelin, no le faltaba un toque de originalidad, utilizaba buenas materias primas y los precios eran razonables. Por eso era el preferido de Andrés y Sonia que, un año después de la boda donde se conocieron, estaban sentados uno frente a otro en su mesa favorita. Aquel día habían pedido unos pimientos rellenos de bacalao, regados con un vino de Rueda. Cuando llegó el camarero con la botella, la presentó para